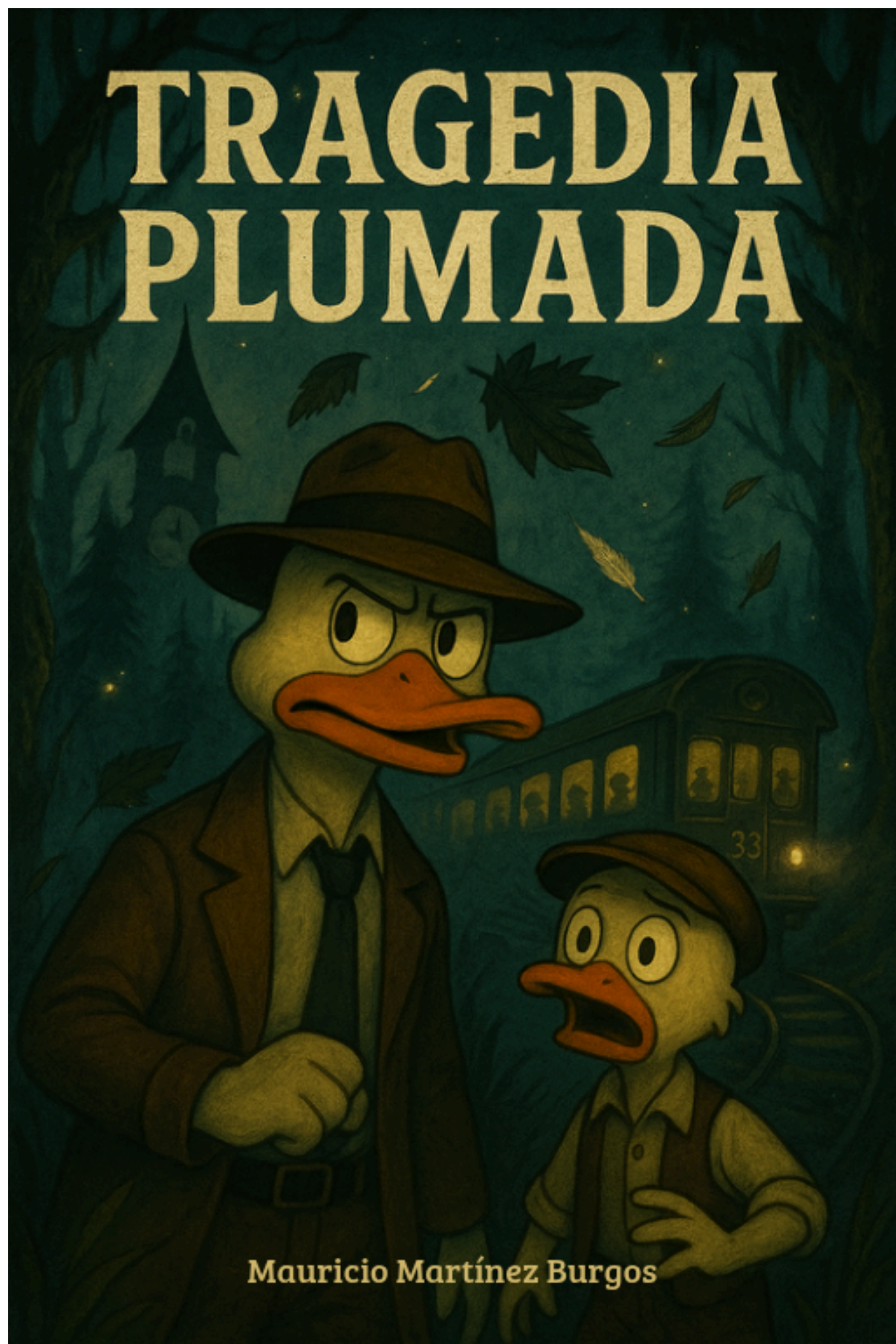




Capítulo 1: El Tren, El Frío y El Cuco

"Las historias no siempre comienzan cuando alguien desaparece... A veces empiezan cuando alguien recuerda." —Patricio Pato



El tren silbó bajo la niebla como si tuviera miedo de entrar en la Selva Negra. Los vagones crujían al avanzar por la vía curvada, mientras los árboles —altos, húmedos, llenos de musgo y sombras— parecían inclinarse, curiosos, para mirar el desfile metálico que los atravesaba.

Patricio Pato —transportista oficial de ardillas, narrador sin licencia y coleccionista de silencios incómodos— estaba sentado en el vagón número 33. A su lado, tres jóvenes patos turistas picoteaban galletas húmedas y jugaban a ver quién aguantaba más sin parpadear.

Pero Patricio no jugaba. No ahora.

Porque al ver esa vegetación densa, ese vapor que parecía salir del suelo como suspiro de criatura dormida... le volvió un recuerdo. Un caso. Un frío en la nuca.

—Este bosque... —murmuró—. Este bosque tiene secretos hasta en las raíces.

Los patitos lo miraron. Uno con curiosidad, otro con miedo, y el tercero... con la expresión exacta de quien está a punto de oír una historia que no va a olvidar.

Patricio sonrió.

No como quien está feliz, sino como quien sabe que está abriendo una puerta.

—¿Ustedes conocen al detective Pío Pato? —preguntó, cruzando las alas.

—¿El de las desapariciones del Lago Espejo!? —exclamó uno.

—Exacto. Él y su asistente Paco... vinieron una vez a este bosque. Pero no por turismo. Sino por una llamada. Una tragedia.

Los tres patitos se acomodaron. El tren silbó otra vez. Y Patricio comenzó, bajando la voz como si el bosque pudiera oírlo:

—Yo no quería contar nada, ¿eh?... pero esta niebla me trajo recuerdos que ni el viento pudo barrer... —dijo Patricio Pato, mientras se acomodaba en el asiento acolchado.

El tren, un modelo elegante con ventanas empañadas y olor a madera vieja, avanzaba hacia el sur atravesando el corazón helado de la Selva Negra.

> —Sucedió hace dos inviernos. El alcalde de un pequeño pueblo, aquí mismo en la Selva Negra, pidió ayuda urgente.— dijo Patricio, mirando hacia el ventanal empañado.

—¿Qué pasó? ¿Se perdió alguien?

Patricio sonrió de lado. Esa sonrisa ladeada, de las que saben que tienen la atención atrapada.

—No alguien... siete. Y no fue que se perdieron... fue que el silencio se los tragó.

La locomotora silbó justo cuando entraban en un túnel. Y en la oscuridad breve, Patricio comenzó su relato.

Siete jóvenes desaparecieron. Todos hermanos.

Y fue así como todo comenzó...

El vagón pareció callarse. Solo se oía el golpeteo del tren y el zumbido de la selva.

Patricio continuó:

❄️ El invierno no había llegado. Se había instalado. Como una plaga blanca, cubría los juncos, dormía en las ramas, y soplaba con una tozudez que parecía personal.

—Pío y Paco llegaron con su estilo. Pío Pato, con su paso decidido y su sombrero ladeado, bajó del tranvía forestal en la estación del Pueblo con libreta en ala, mirada afilada y pico con una sonrisa compradora.

El otro... bueno, Paco, quien ya cargaba tres maletas, un anotador y media docena de teorías conspirativas era Paco: entusiasmo, miedo y un inglés inventado que nadie más hablaba.

—Jefe... este aire me seca el pico —se quejó Paco—. Pero también huele a caso interesante. ¿Esto es estilo Escocia o estilo Transilvania?

—Esto es estilo “desaparecieron siete personas y alguien tiene que tener respuestas” —respondió Pío, con su tono sereno, mientras ya sacaba su libreta para “tomar nota mental”.

El pueblo era compacto, pintoresco, y ordenado hasta el fastidio. Casas de tronco con techos afilados, faroles de gas que chispeaban con ritmo nervioso, y una constante: **el sonido del gran Reloj Cuco Central**, marcando cada hora con una precisión suiza.

🕒 La torre del reloj era alta, orgullosa y crujía con cada viento fuerte. Y en su interior vivía una familia que se regía por los segundos, los minutos... y la costumbre.

Crispín Cuco era el encargado de salir por la puertita superior cada hora exacta para dar el famoso “¡Cu-cú!” que marcaba el tiempo a todo el bosque. Con una rutina que lo ocupaba apenas **7 minutos por hora (420 al día)**, defendía su rol con fervor casi militar.

—El tiempo es un privilegio... y yo soy su mensajero —decía, mientras afilaba su pequeño gong interior con una plumita especial de su padre.



Su esposa, **Clara Cuco**, lo ama y admiraba. Siempre le había gustado esa mezcla de exactitud y ternura que tenía Crispín. Pero a veces, al verlo bajar puntual como un péndulo con alas, soltaba con media sonrisa:

—Ay, ojalá algún día podamos marcar también la hora para tomar un té... fuera del reloj.

Y él reía, sin entender del todo si era un chiste... o una señal.

Mientras tanto, **Cilindro Cuco**, el pequeño, jugaba con engranajes de madera y relojes dibujados en servilletas. Tenía una tos suave, pero constante. Nada que preocupara demasiado.

En esa casita redonda y exacta, todo funcionaba como debía.

Todo...

Hasta ese invierno.

🦅 La **Casa Comunal del Lago** tenía olor a barniz viejo y papel mojado. Un salón ovalado lleno de mapas, diplomas y una pintura enorme de un águila con el pecho inflado.

—**Detective Pío Pato** —dijo con solemnidad el **alcalde Arlen Águila**, una figura altísima, exacta, que parecía haber sido cortada con regla, imponente, de pecho firme y discurso sin

adornos—. Le agradezco que haya venido. Sé que no suele aceptar casos fuera de su jurisdicción...

—Excepto si incluyen desapariciones en serie, pistas difusas, y un lago que guarda secretos —interrumpió Pío, ya sacando su libreta—. Nombre del alcalde... Arlen Águila. Anotá eso, Paco.

—Anotado, jefe. "Arlen Águila. Águila con A de Alcalde." —dijo Paco, orgulloso.

—Se lo he hecho llamar —continuó Arlen— porque este bosque ha sido pacífico durante generaciones. Pero hace cinco noches... desaparecieron **siete habitantes**. Una joven pata y seis hermanos. Una familia entera. Todos conocidos. Todos queridos. No dejaron nota. No hay testigos. Solo **el silencio**.

Pío entornó los ojos. Su tono cambió, ahora más cálido.

—¿Y los padres?

—El padre es **Arnolfo Ánade**, un anciano de paso lento y memoria aguda. La madre murió años atrás. Luego él se casó con **Priona Porrón**, una forastera. Viven a orillas del lago.

—Nombre completo: Arnolfo Ánade. Y la esposa... Priona Porrón. Porrón... anotá bien la doble R, Paco.

—Sí, jefe. ¿Con una sola N o dos?

—¿Querés que desaparezca vos también?

Paco rió nervioso.

Arlen Águila prosiguió con firmeza:

—Hable con el jefe de policía. Y luego, con la familia. Albert Águila comanda la unidad. Ordenado. Minucioso. Un poco... cuadrado.

Pío se puso de pie.

—Entonces empecemos. Tengo una regla personal: cuanto más fría la pista, más rápido hay que caminar.



Ya entrada la tarde, Pío y Paco caminaban bordeando el **Lago Feeldsee**, bajo una niebla que les dibujaba un techo invisible.

—¿Qué opinás, Paco?

—Opino que tengo hambre, frío, y que la señora Porrón tiene nombre de bruja. ¿Eso sirve?

—Más de lo que imaginás. Aunque aún no tenemos nada concreto... el clima huele a secretos.

—Y a pescado, jefe. ¿Paramos a comer?

—Si sirve para pensar mejor... adelante.

Se sentaron sobre una piedra húmeda. Compartieron un filete de pez neón frito en algas, mientras el lago les devolvía un reflejo distorsionado, como si las imágenes se negaran a mostrarse claras.

Pío respiró hondo.

—El frío de este pueblo no está en el clima... está en las miradas.

Paco masticó lento.

—¿Eso lo anoto?

—No. Eso guardalo.

Y el reloj del cuco sonó, marcando las **seis en punto**. Un Cu-cú Cu-cú sonoro... pero también un eco.

Uno que parecía **un poco más solo que de costumbre**.

Patricio se quedó en silencio un segundo.

—Fue allí, entre cañas, lagunas ocultas y árboles que parecían escuchar, donde comenzó a deshilacharse esta tragedia plumada.

Los patitos tragarón saliva. Uno dejó caer una galleta.

—¿Y encontraron a los hermanos?

Patricio no respondió de inmediato.

—Eso... eso lo irán sabiendo. Porque algunas respuestas se esconden detrás de lo que uno no quiere oír.

Y porque a veces, los que buscan... también desaparecen.

El tren avanzó. La niebla espesa tapó todo.

Y entre el traqueteo del vagón y el murmullo de las hojas... la historia empezó a abrirse paso.

Capítulo 2 – No todo lo que aúlla es peligroso

"Las respuestas no siempre se esconden. A veces, simplemente no quieren que las escuchen." – Patricio Pato

 La tarde caía en el Lago Feeldsee como si el cielo hubiese decidido cerrar los ojos un momento. La niebla flotaba a ras del suelo y la brisa acariciaba las copas de los árboles sin mover ni una hoja.

Pío y Paco avanzaban por un sendero de tierra húmeda, rodeado de sauces cabizbajos que murmuraban con cada crujido de rama.

—¿Jefe...? ¿No le parece que este camineishon... nos está observando? —susurró Paco, mientras esquivaba una raíz.

—Los caminos no observan, Paco. Pero sí... escuchan. Así que habla menos y anota más —respondió Pío, sin detener su paso.

Frente a ellos, se erguía una casa amplia y modesta, con techos musgosos y ventanas apagadas. Una puerta de madera oscura y un pequeño jardín con plantas olvidadas. Allí vivían los **Ánade-Porrón**, o lo que quedaba de ellos.

Los recibió una figura corpulenta, de plumaje grisáceo y andar pesado: **Don Arnolfo Ánade**. Tras él, emergió una silueta más esbelta, elegante hasta lo impertinente: **Priona Porrón**, la madrastra. Sus ojos parecían delineados por naturaleza y sus movimientos eran suaves... como el veneno bien disuelto.

—Adelante, caballeros —dijo Arnolfo con voz rasposa, abriendo la puerta.

La sala principal tenía un aire de museo congelado: fotos antiguas, muebles alineados con obsesión, y una ausencia densa... como si el silencio no quisiera moverse por miedo a romper algo.

—¿Detective Pío, verdad? —dijo Priona, acercándose con una bandeja de té humeante—. Qué alivio tener a alguien capacitado. Aquí todos murmuran pero nadie actúa.

—¿Y ustedes? ¿Han visto algo? ¿Oído algo? —preguntó Pío, ya sacando su libreta—. Nombre completo, por favor.

—Arnolfo Ánade —dijo el padre con mirada perdida—. Yo... los vi por última vez al anoecer. Jugaban cerca del lago. No me pareció extraño. Hasta que no regresaron.

—¿Y usted, señora?

—Priona Porrón —respondió con una media sonrisa—. Yo no estaba. Estaba en el mercado. Pero no me sorprendió tanto como a Arnolfo. **Adelina era... distinta**. Siempre metida en libros, en recetas raras, en hojas secas que recogía del bosque. Nunca me cayó mal, pero... no es lo mismo ser dulce que ser confiable, ¿verdad?

Píoladeó el pico. Paco dibujó un signo de exclamación en su anotador.

—¿Insinúa que la joven podría haberse llevado a sus hermanos?

—No lo insinúo. Solo digo que... no sería la primera vez que se encierra días enteros en el galpón a “experimentar”. Y ese día... tenía los ojos raros.

—¿Raros cómo?

—Como los de alguien que **ya tomó una decisión**, aunque los demás aún no lo sepan.

Pío cerró la libreta.

—Gracias por su tiempo. Esto... apenas comienza.

—¿Y ahora, jefe? —preguntó Paco al salir, mientras caminaban entre la neblina creciente.

—Ahora hablamos con el pueblo. Nadie desaparece sin dejar migajas... aunque estén flotando.



Fueron primero al centro del bosque, donde los **cisnes** se paseaban como estatuas móviles y las águilas no bajaban la mirada ni para esquivar charcos.

—Disculpe, ¿usted conoce a los jóvenes desaparecidos? —preguntó Paco a un cisne de corbata azul.

—¿Desaparecidos? Nosotros no nos mezclamos con... situaciones —respondió el cisne, girando con desdén.

—¿Qué tal, señor halcón? ¿Sabe si...?

—No es asunto mío —respondió el halcón sin detener el vuelo.

—Bueno, anoté esto: **nadie sabe nada**. O eso quieren que pensemos —dijo Pío.

Pero justo cuando se resignaban a volver, una voz animada irrumpió como estampida:

—¡Amiguitos, buenos días tengan, sí! ¡Detectives serán ustedes, ¿no? ¡Los vi llegar desde allá arriba! ¿Buscan información? ¡Yo tengo varias guardaditas!

El que hablaba era un **conejillo de indias** bastante regordete, con una camiseta que decía “Corre como puedas” y una bolsa de hierbas colgada al hombro.

—¿Nombre y apellido? —dijo Pío, serio.

—**Camilo Conejillo**, pues... aunque a mí me gusta que me digan “**Cami Veloz**”, ya tú sabes... por motivación personal, ¿no? Yo corro, corro, corro... pero estos cachetes no se van ni a patadas, jajaja. ¿Y ustedes quiéncitos son, pues?

—Detective Pío. Él es Paco. Anoté eso Paco.



—¡Qué elegancia, caray! ¡Qué sombrero, señor detective! ¡Parecen actorcitos de novela en la selva!

Pío respiró.

—¿Sabe algo sobre los desaparecidos?

—¡Claro que sí, paisanito! No de los chicos directamente, pero algo se escucha por ahí. Este bosque ya no es lo que era, no señor. Hay un personaje, sí... un **lobo**. Malo. Malo con ganas.

—¿Y lo ha visto?

—¡No, pues! ¿Acaso estoy loco? ¡Ese bicho solo aparece en la noche, como los sueños raros! Pero si quieren, les muestro por dónde se le ve. Ustedes sí son valientes, ¿eh?

—¿Dónde?

Camilo bajó la voz, como si el musgo pudiera chismear:

—Una cueva. Pero es... muy peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque... *¡es de noche pues!*—y soltó una risita nerviosa

Esa noche, la luna estaba tan pálida como un pez recién sacado del agua. Camilo los guiaba con pasos rápidos, aunque jadeaba como si corriera maratones por deporte y por obligación.

—Aquí es, mis amigos —susurró, deteniéndose frente a una entrada rocosa con enredaderas colgantes—. Yo más allá no paso. Esto es territorio dark, como dicen los jóvenes. Muy peligroso para alguien tan... *fit* como yo.

Pío avanzó sin dudar. Paco lo siguió.

Al atravesar el umbral, esperaban encontrar huesos, ecos, aullidos... pero lo que oyeron fue:

—“¡Muy buenas noches, animales del bosque! Bienvenidos a *La Cueva*, el único bar donde te reís... ¡aunque no quieras!”

La cueva era en realidad un bar subterráneo, con luces colgantes hechas de luciérnagas, mesitas de piedra, y un escenario pequeño rodeado de público. Era **jueves de Stand Up**.

Paco se quedó con el pico abierto.

—¿Esto es... un show? ¡Esto es... *¡entertainment misterioso!* Jajá!

—Esto es un delirio —dijo Pío, al sentarse en una mesa al fondo.

—¡Miren, miren, ahicito está! —dijo Camilo, apareciendo de nuevo y señalando al escenario.

Subía un **lobo larguirucho, desalineado, con mirada chispeante y actitud de estrella caída**. Con el pelaje como si hubiera discutido con un secador de pelo y perdido... y su camisa tenía un solo botón cerrado: el incorrecto. Sus pasos eran impredecibles, entró al escenario con un medio trote... se detuvo en seco, giró como si buscara una silla que no estaba, y saludó al aire como si conociera al público desde otra vida.

—¡Buenas, buenas! ¡Animales del bosque y del subbosque! —dijo abriendo los brazos— ¿Cómo están? ¿Con qué se toma fotos un Pez...? ¡¡Con un camarón!! ¡Jajajajajaaa!

Nadie se rió.

Se ajustó el cinturón imaginario. Dio un paso exagerado hacia un lado como si evitara una trampa invisible.

—¿Qué le dice una pared a otra Pared...? ¡Nos vemos en la esquina! ¡Jajajajajaaa!

Camilo se tapó la cara.

—¿Ven? Se los dije. Ese lobo es **muuy malo**.

Pío se golpeó el ala contra la cara. Paco ya estaba pidiéndole un autógrafo a un mesero.

—¡Porfavorseshon quisiera el autógrafo de Mister Lobo!

Cuando el show terminó, Pío y Paco se acercaron.

—¿Lorenzo Lobo? —preguntó Pío, mostrando su libreta.

—Ese soy yo... ¿les gustó mi rutina?

—...fue inolvidable —dijo Pío sin pestañear—. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—¿Son fans?

—Somos detectives.

—Ah... igual de peligrosos.

La conversación se volvió más íntima. El bar comenzaba a vaciarse. Camilo se mantenía a distancia.

—¿Ha notado algo raro últimamente en el bosque?



Lorenzo suspiró.

—Mire, el pueblo es tranquilo. Pero los **cisnes y águilas**... no ven más allá de sus egos. Lo que pasa en las afueras no les interesa. Pero a mí... sí.

—¿Qué ha visto?

—No qué... sino qué **se siente**. El bosque está raro. Hay algo en la bruma. En los reflejos del lago. Y hay un **rumor**... algo sobre una... *bruja*.

—¿Una bruja?

—Eso dicen. Que camina entre las ramas y habla en sueños. Que no necesita varita... porque sus palabras ya cortan como cuchillos.

Pío cerró su libreta con lentitud.

—Gracias por su tiempo, señor Lobo.

—No hay problema. Si descubren que mi show no es el peor monstruo del bosque... avísenme.

Mientras la noche cubría el pueblo como un abrigo húmedo, el **gran Reloj Cuco** volvió a abrir su puerta con un *clíc* preciso y constante.

—¡Cu-cú Cu-cú! —gritó **Crispín Cuco**, estirando el cuello hacia el pueblo desde la pequeña puertita del reloj central. El eco viajó por los árboles. Nadie respondió. Como siempre.

Volvió a entrar. Se acomodó el pelaje del pecho con gesto automático y bajó las escaleras internas de madera, que crujían con un ritmo aprendido.

Abajo, en su casa incrustada en la estructura del reloj, **Clara Cuco** lavaba unos platos, mirando al techo como si pudiera ver el engranaje de sus propios pensamientos.

—¿Sabés qué hora es? —preguntó, sin mirarlo.

—Las ocho —respondió él, aunque lo había dicho en público cinco segundos antes.

—¿Y sabés cuántos minutos pasás con nosotros por día, Crispín?

Él hizo una pausa. Un error.

—Cuarenta y dos bloques de siete minutos. Son... cuatrocientos veinte. No está tan mal, ¿no?

Ella dejó caer la cuchara en el agua. El sonido fue más punzante que cualquier campana.

—¿Querés que te lo diga yo cuánto es eso? Es menos de ocho horas. Y todas picadas. Es como si vivieras con nosotros en pedacitos. Como si fueras... una notificación horaria, no un papá.

Del fondo, **Cilindro Cuco** tosió. Una tos húmeda. Larga.

—Hoy no quiso cenar —dijo Clara, más suave—. Dice que no te vio en todo el día. Que solo escuchó tu "Cu-cú Cu-cú".

Crispín sintió que el pecho se le volvía una caja vacía.

—Voy a acostarlo. Después... tal vez me salte la de las nueve —murmuró él.

—¿Podés hacer eso?

—Tal vez. Solo... una vez.

Subió al cuarto de su hijo. Lo encontró despierto, con los ojos húmedos, abrazado a un reloj de madera miniatura que él mismo le había tallado.

—Papá... ¿si vos no cantás la hora... el tiempo se detiene?

Crispín no supo qué responder. Solo lo abrazó.

Y afuera, la neblina se apretaba contra el campanario como si también quisiera detener el tiempo, aunque fuese solo por una noche.

Capítulo 3 – A veces el bosque responde

"No todo lo que asusta es un monstruo... a veces es solo alguien que ya está asustado desde antes." – Patricio Pato.

Era el cuarto día sin avances. Ni una pluma suelta, ni una huella fresca. El caso comenzaba a oler a historia cerrada... o peor, a historia enterrada.

Pío Pato miraba el lago como si quisiera obligarlo a confesar. Su reflejo le devolvía solo una frustración elegante.

—Esto no camina, Paco —dijo mientras cerraba su cuaderno con fuerza—. Es hora de hacerle caso al Lobo.

—¿Qué? ¿Nos vamos al bosque oscuro? ¿Al de los mitos? ¿Al de la bruja? ¿Al de la desesperanza y el eco espeluznante?

—Exactamente.

—Jefe, ¿puedo ofrecerle una contra-sugerencia? Quizás sea muy peligreishon.

—¿Qué acaso crees en magia negra?

—¿En magia negra Patuna? ¡Sí! Claro que sí.

Pío suspiró. No discutió. Ya lo conocía.

Se internaron en el bosque cuando el sol apenas era un hilo pálido entre las ramas. La niebla parecía más espesa que nunca, como si alguien la hubiese batido con cuchara de madera.

Paco caminaba con torpeza, girando la cabeza ante cada crujido.

—Esto se siente como esas películas donde alguien muere al minuto catorce.

—Y ya vamos por el minuto quince, así que relajate.

Pero el destino no entendía de guiones. Porque fue entonces cuando algo crujió a su derecha. Un ruido grave, animal. Una sombra grande. Un rugido, o un quejido, o un lamento. Nadie lo sabría con certeza.

—¡¡¡AGHHH!!! —gritó Paco, tropezando hacia atrás, cayendo por una pendiente embarrada que no vieron venir. Rodó. Y rodó. Hasta el río. El agua se lo tragó sin ceremonia.

—¡¡¡Paco!!! —gritó Pío, corriendo tras él.

Pero el río fue más rápido. Y el bosque... más cruel.

El ser que había provocado el susto se quedó quieto. No avanzó. No atacó.

Era solo una figura, grande, cubierta de barro y hojas... pero con ojos tristes.

Jade Jabalí era joven, robusta, de pelaje áspero con mechones color miel y tierra, y un hocico sensible que se arrugaba cuando algo olía mal —emocional o físicamente. Llevaba una mochila raída llena de utensilios de cocina y un cuaderno empapado por la humedad: su cuaderno de recetas, manchado desde el día en que Adelina desapareció.

—¡No, por favor espera tú! ¡Mi intención no era asustar! —gritó con una mezcla de apuro y un acento extraño—. ¡De susto sólo he dado! ¡Ayudar quería yo!

Pío se giró bruscamente, sacando su bastón de ala defensiva.

—¿Quién sos?!

—Nombre mío es Jade... Jade Jabalí. Cocinera fui, estudiante de gastronomía acuática también. Buscando estoy... a mi amiga Adelina. ¡Peligrosa no soy, lo juro!

Pío entrecerró los ojos, bajando el bastón con cautela. El cuerpo de la joven era voluminoso, sí, pero no agresivo. Sus patas temblaban de culpa.

—¿Amiga?

—Sí. Amigas fuimos, muy cercanas. Compartimos clase, cuchara, y sueños. Restaurante flotante pensábamos abrir. Nombre tenía: Alga y Alas. Ella era... noble mucho, torpe también, pero dulzura pura. Siempre pensaba más en otros que en sí misma.

—¿Y qué hacés acá, en la oscuridad? ¿Estás sola?

—Investigar intento. De recetas sé. De venenos sé. De hierbas raras, también. ¡Y olor a magia reconozco yo! —dijo, alzando la trufa orgullosa.

Pío bajó por completo su defensa. Se ablandó. Su expresión se volvió humana, o lo más humano que un pato puede ser.

—Perdoname. Pensé que eras...

—¿Un monstruo? Muchos lo hacen. Porque jabalí soy. Violentos nos llaman. Por temperamento policía me interrogó. Injusto fue todo.

Y entonces, con una media sonrisa cargada de resignación:

—Antes cocinaba para alegrar corazones. Ahora reviso ollas por si hay... restos de alguien.

Pío no respondió. No supo cómo. Había algo crudo en ella que no podía negarse. Y en su dolor... una sinceridad que no podía ocultar.



—Te creo, Jade. Vamos a buscar a Paco juntos.

—A ayudar vine. Ahora juntos vamos. Aunque mucho miedo tengo, no me detendré yo.

Pasaron el resto de la noche caminando juntos por las orillas, llamando a Paco en voz baja. Sin suerte.

Muy lejos, entre ramas dormidas y hongos que brillaban con luz tenue, Paco despertaba en un claro húmedo. Tenía hojas en el ala, y la cabeza girando como trompo.

—Ay, my cuelleishon... esto es el fin. ¿Estoy vivo? ¿Estoy en... el más allá?

Un sonido suave. Un toque en el hombro. Una mirada dulce.

Frente a él, como salida de un recuerdo, estaba Adelina Ánade.

—¿Eh? ¿Quién... quién sos?

Ella no respondió con palabras. Solo lo miró con una paz que deshacía nudos. Sus gafas rotas, su delantal manchado. Y aun así, se veía como un amanecer entre el caos.

—¿Sos real? Porque si sos un sueño... quédate, por favor.

Ella sonrió. Sacó de su morral algo redondo y brillante.

—¿Es eso... comida? —preguntó Paco.

Ella asintió y le ofreció un plato.

Era un pequeño pastel de algas comprimidas, relleno de moco de pez flauta con glaseado de polen dulce.

—¡Esto es... fancy delicious! —dijo Paco, con lágrimas en los ojos—. Gourmetism forever, señora mía...



Comieron juntos. En silencio. En el bosque.

Y sin decirlo, supieron los dos que no querían volver a estar solos nunca más.

—¡Cu-cú Cu-cú! —gritó Crispín Cuco una vez más, saliendo por la puertita, con la misma energía fingida de cada hora.

Volvió a entrar. Bajó por la escalera interna del gran reloj, arrastrando las patas con un peso que no venía del trabajo... sino del silencio que lo esperaba abajo. Sintió la tensión incluso antes de cruzar la puerta del comedor.

Clara Cuco estaba sentada en el sillón de siempre, pero no tejía. No hablaba. Solo miraba la puerta como si esperara a alguien que nunca llegaría... aunque supiera que él estaba ahí, a solo metros.

—¿Todo bien...? —dijo él, con voz baja.

Ella giró apenas la cabeza.

—Crispín... ¿sabés lo que es vivir con alguien que nunca se puede ir?

Él parpadeó.

—¿Cómo?

—No podés planear nada conmigo, con nosotros. No podemos salir del pueblo. No podemos hacer un viaje. No podemos visitar a mi familia. No podemos salir los tres a caminar al lago, ni un día entero. Porque vos, cada hora... tenés que salir a dar un gritito por esa puertita.

Crispín se cruzó de alas.

—¡Pero es mi trabajo! ¡Mi deber! ¡Esto es tradición, es historia! ¡El tiempo lo marcamos nosotros!

Se acercó a la puerta del cuarto de Cilindro, que dormía con la mantita hasta el pico.

—Él no se enferma porque hace frío. Se enferma porque nunca estamos juntos del todo. Porque todo en esta casa dura... cincuenta y tres minutos exactos.

Ella lo miró.

—Yo no quiero vivir midiendo el tiempo. Yo quiero vivirlo.

Crispín no respondió. Bajó la mirada. En su mano aún tenía una nota del Consejo de Horarios.

—No es tan fácil. No puedo faltar. ¡Soy el Cuco! ¡Soy el tiempo!

—No. Vos sos mi esposo. El papá de un niño que no mejora.

—¿Qué querés que haga? ¿Qué cante menos?

—No. Quiero que vivas más.

Él se quedó quieto. Sin cuco. Sin canto.

Y por primera vez, pensó en no subir a marcar la hora siguiente.

Capítulo 4 – Cuando la justicia no tiene alas

"Hay días en los que el reloj no marca la hora... marca la urgencia." – Patricio Pato



Después de horas de búsqueda y silencio, Pío y Jade regresaron al pueblo con las patas entumecidas y el corazón desarmado.

—Paco perdido sigue —decía Jade, su frase invertida colgando como una rama seca—. Pero sola Adelina no está. Eso yo siento.

—Tenemos que mover esto a otra escala —dijo Pío, más serio de lo habitual—. Ya no es búsqueda privada. Ahora necesitamos a la policía.

Fueron directo al despacho del jefe Albert Águila, donde el aire olía a tinta, control y conformismo.

—Un pato desaparecido es un desorden —dijo Albert—. Pero un pato y una sospechosa en fuga... es una crisis.

Minutos después, una cuadrilla de policías alados volaba río abajo.



Lo encontraron antes del amanecer, tiritando bajo un árbol, con plumas húmedas y una sonrisa zonza en el rostro.

—¡Adelina! ¡No se la lleven! —gritó Paco, abrazado a la pata que lo había cuidado toda la noche.

Ella estaba tranquila. Sin heridas. Pero tenía el delantal manchado de rojo.

—¿Es sangre? —preguntó uno de los oficiales.

—No... es salsa de remolacha dulce —intentó explicar Paco.

Pero Adelina no habló. Solo bajó la cabeza.

Y entonces, las autoridades actuaron como si el silencio fuera confesión.

—Por orden del alcalde, queda usted bajo custodia —dijo Albert Águila—. Hasta nuevo aviso.



Ya en la comisaría, Paco caminaba en círculos.

—¡No puede ser! ¡Ella no es una asesina, jefe! ¿Sabe usted lo que es mirar a alguien a los ojos y ver paz? ¡Eso vi! ¡P-A-Z! ¡En inglés es... pazzz! O... algo así.

—¡Cálmate! —respondió Pío, frustrado pero empático—. Vamos a hacer las cosas bien. Interroguemos a alguien que sí puede hablar: Jade.

La sentaron bajo la luz directa. Pío adoptó su voz firme. Paco su tono blando. El clásico dúo.

—Señorita Jabalí... —empezó Pío— ¿cuánto hace que conoce a Adelina?

—Desde que algas cocinábamos juntas —dijo Jade—. Desde recetas compartíamos y lágrimas en clases llorábamos también. Ella buena era. Siempre cuidaba a hermanos como madre gallina.

Paco suspiró.

—Y... ¿sospechás de alguien?

Jade guardó silencio. Luego miró a Paco. Notó la forma en que él apretaba las alas, la forma en que no podía dejar de mirar la celda donde estaba Adelina.

—Sospecha tengo. Más que todo... de su madrastra. Ojos tiene que no miran... miran a través. Como cuchillo que el alma parte.

Pío asintió lentamente.

—Entonces vamos a comprobarlo. Pero hay que apurarse.

🔥 El alcalde Arlen Águila se presentó al mediodía. Portaba una pluma en el sombrero y una sentencia ya redactada.

—El pueblo necesita orden. Justicia rápida. Y paz.

—¿Aunque sea una paz basada en el error? —replicó Pío.

—Peor es no tener a quién culpar —respondió el alcalde.

Así que anunciaron la sentencia plumada: por la muerte de seis hermanos, Adelina Ánade sería ejecutada en la hoguera mañana al medio día, justo a las 12:00. La acusación popular crecía.

—¡Es una bruja! —gritaban desde los juncos.

Ella seguía sin hablar. Solo los miraba, con lágrimas secas que no sabían por dónde salir.

🌿 —No podemos dejarla morir —dijo Paco esa noche, entre lágrimas, mientras Jade le ponía una compresa en el ala.



—No morirá ella —respondió Jade—. Cociné algo especial yo. Sopa de hongos que memoria abre. Verdades canta. Nosotros debemos la verdad buscar, sus padres tienen que saber algo más.

Prepararon una trampa. En esa tarde, fueron a la casa de Arnolfo y Priona, con la noticia que encontraron a Adelina.

Priona no estaba. Arnolfo sí. Desgastado, tembloroso. Jade le ofreció una infusión de “setas relajantes”.

—Delicioso esto es —dijo Arnolfo—. Me recuerda a los días donde... bueno... cuando los niños corrían.

Poco a poco, su mirada se fue enturbiando.

—Yo... yo no quería. Ella... Priona los odiaba. Decía que eran un estorbo. Que con tantos en casa, nunca seríamos libres. Que los patitos... solo eran carga.

—¿Qué hizo? —preguntó Pío, suave.

—No sé. Solo sé que esa noche... ella salió con su caja. Y al día siguiente... ya no estaban.

(Pausa larga)

—Yo... traté de detenerla. Pero... ella es... algo más. No es solo palabras. A veces... no sé si lo que pienso es mío. Me hablaba... y era como si todo lo que yo sentía desapareciera. Como si mi juicio... se apagara.

(Más bajo)

—A veces sueño con cosas que... no sé si pasaron o las inventó ella dentro de mi cabeza.

Pío entrecerró los ojos. Cerró su libreta. El silencio se volvió más frío.

—Maneja su mente, dice usted... —murmuró, no como pregunta, sino como conclusión.

Arnolfo solo asintió. Hundido. Doblado hacia adentro como una hoja seca.

Pío se puso de pie, serio, sereno, amargo, cerró la libreta con lentitud. Se quedó en silencio unos segundos. Observó el vapor que salía de la taza, ya tibia. Luego lo miró con una tristeza elegante en los ojos.



—A veces, el peor crimen... es no hacer nada mientras alguien más lo comete —dijo en voz baja.

Arnolfo no respondió. Ni siquiera lo oyó, tal vez.

Pío se puso de pie, despacio. Se estiró el ala, suspiró.

—Vamos, Paco. Anotá esto, pero no lo escribas:

"El miedo puede ser más fuerte que el amor. Pero el silencio... ese sí que mata despacito."

Jade lo miró de reojo, sin decir nada, pero apretó el cuaderno contra el pecho.

Pío miró a Arnolfo una última vez, sin enojo, pero sin excusa.

—No sé si usted fue cómplice o solo cobarde. Pero hoy... va a tener que empezar a ser padre de verdad. Aunque sea tarde.

Y sin mirar atrás, salió de la casa.

Afuera, el viento ya empezaba a cambiar.

—Paco tenemos que intentar que se comunique de alguna forma Adelina y nos muestre que paso con sus hermanos, además siendo ella una sobreviviente, ella estaría aún en peligro, hay que ir a su celda.

🕯 Esa noche, Pío, Paco y Jade llegaron al calabozo de piedra donde tenían encerrada a Adelina, muy nerviosos, se les acaba el tiempo están a horas antes de la ejecución.

La celda era más una grieta de castillo olvidado que un lugar de justicia: húmeda, silenciosa, y con una única ventana alta, de barrotes oxidados, por donde apenas entraba la luz de la luna.

—¿Podemos verla? —preguntó Paco, alzándose en puntas de ala.

—No —murmuró Jade—. Pero... si fuerte hablás, escucha ella a tí.

Desde adentro, solo un susurro del ala de Adelina se distinguía. Una sombra quieta, sin forma. Sin respuesta.

Paco se quedó inmóvil unos segundos. Luego tragó saliva.

—Adelina... no sabemos si estás despierta. Pero si lo estás... solo queríamos decirte que hablamos con tu padre. Que estamos encontrando la verdad. Y que no vamos a parar.

Pío se acercó.

—Él nos dijo cosas importantes. Cosas que cambian todo.

Del otro lado no hubo respuesta. Pero el silencio ya no dolía igual. Ahora tenía... peso.

Jade apoyó una cuchara de madera contra la reja. Cerró los ojos. Su voz apenas fue un hilo:

—Triste está ella. Porque por más verdad que haya... la gente escucha no siempre.

Eso le bastó a Paco.

Se giró con los ojos brillosos y se agarró del ala de Pío como quien se agarra de una tabla en medio del río.

—¡Jefe! ¡Necesito hacer algo más! ¡Necesito decirle algo lindo! Quizás sea su última noche de ella. ¡Quisiera darle la paz que ella me dio cuando me encontró en el Bosqueishon! Ayúdame por favor con una... una serenateishon romántica!

—¿Una qué?

—¡Ayúdeme a decirle algo romántico! ¡Usted dígame y yo repito! ¡Como... como un príncipe azul, pero con plumas!

Pío lo miró como si le acabaran de pedir que dirigiera una ópera con la nariz.

—¿En serio...?

—¡Sí, jefe! ¡Mi corazón lo exige! ¡Y también mi instinto poético! 🙄

—(Suspira) Bueno... empezá con:

"Oh, doncella de la pluma más suave que el viento del lago..."

Paco alzó las alas, dramático.

—¡Oh, doncella de la pluma más suave que el viento del lago...!

—"...aunque no te vea, mi pecho se infla como panza de sapo enamorado..." —siguió Pío, ya entregado a la locura.

—¡Aunque no te vea, tu panza se infla como pecho de sapo atropellado.. !

Paco alzó las alas con teatralidad innecesaria.

Silencio.

Pío lo miró.

—¿Qué dijiste...?

Jade tragó aire.

—¿Yo...? ¿Qué? ¿Lo dije mal?

—¡Le acabás de decir que tiene una panza inflada de sapo atropellado! ¡¡Paco!!

—¡Ay no, no no! ¡Era al revés! ¡Me trabé! ¡Sorry, Adelina! ¡Era poético, no trágiqueishon!

Desde la celda, un leve movimiento se escuchó.

Pío apretó el pico.

—Repetí conmigo, por el bien de tu dignidad:

"Aunque no te vea..."

—¡Aunque no te vea...!

—"...mi pecho se infla como panza de sapo enamorado."

—¡...mi pecho se infla como panza de sapo enamorado! ¡Eso, eso era!

—Y ahora..."...y si mis palabras no te llegan, que mi voz rebote como eco torpe en la cueva del sentimiento..."

—¡Y si mis palabras no te llegan, que mi voz rebote como... como eco torpe en la cueva del sentimiento!

Desde la celda, se escuchó otro movimiento suave. Adelina se movió. Un ala rozó el barro de la pared. No respondió. Y lanzó una pluma con un beso.

Paco bajó la cabeza, emocionado.

—¿Usted cree que le llegó...?

Pío le puso una ala en el hombro.

—No sé, Paco. Pero si hay algo que traspasa muros, barrotes y prejuicios... es el ridículo con buenas intenciones.

Jade sonrió. Y el viento, desde el otro lado, parecía traer consigo una caricia.

 —¡Jefe! ¡Se me encendió el foco! —gritó Paco a la madrugada siguiente—. Recuerdo que Adelina soltó algo antes de que la policía llegara. ¡Era una cosa tejida! ¡Una telita rara!

Así que sin perder tiempo fueron en búsqueda de esas evidencias.

Volvieron al lugar del hallazgo.

Encontraron lo que ella había tejido. No era ropa. Eran varias capas hechas de ortiga trenzada, que al tocarla, ardía.

Y había más: una aguja con un hilo con rastros de sangre y una caja de madera con insectos vivos, con patas largas y alas plateadas.

—¿Qué es esto? —preguntó Paco.

—No sé —dijo Pío, tomándolo con guantes—. Pero esto puede explicar sus heridas en sus alas y la sangre en su ropa.

—Esto hay que llevárselo de inmediato a ella, tenemos que correr o llegaremos tarde y empezarán la ejecución —exclamó Paco.

🕒 —¡Cu-cú Cu-cú! —gritó Crispín Cuco, una vez más, saliendo del reloj.

Volvió a bajar.

Pero esta vez, Clara lo esperaba con cara de piedra.

—¿Y vos vas a decir algo?

—¡Sí! ¡Voy a decir que esto no es un juego! ¡Este reloj es historia! ¡Mi abuelo lo hizo sonar! ¡Mi padre también! ¡Y ahora yo! ¡Esto es honor, no ausencia!

—¿Y nosotros qué somos? ¿Interferencias?

Crispín apretó el pico. Se fue a su habitación.

Desde la puerta, Cilindro lo miraba. Tosía. Pero ya no lo llamaba.

Y eso... fue lo peor.



Capítulo 5 – El tiempo también se puede detener

"A veces, los engranajes se traban... no por fallas, sino por amor." – Patricio Pato

🕒 —¡Cu-cú Cu-cú! —gritó Crispín Cuco, puntual, preciso... vacío.

Al bajar del reloj, no encontró el ruido habitual de platos ni el olor del desayuno. Solo un silencio húmedo.

—¿Clara...? —preguntó al entrar a la cocina.

Pero el sonido que respondió no fue el de su esposa. Fue una tos. Grave. Que venía desde el cuarto de Cilindro.

Corrió.

Su hijo estaba pálido, su cuerpecito tiritando.

—¡Clara! ¿Qué pasó?

—Empeoró esta madrugada. No quiso comer. No habla. Hay que llevarlo al sanatorio del ala oeste.

—Pero... ¡es casi la hora! ¡Tengo que cantar el Cu-cú! ¡Es la hora más importante! ¡La gente necesita saber la hora!

—¡Crispín! ¡Tu hijo está enfermo! ¡Y vos estás preocupado por una hora exacta que ni siquiera sabés si alguien sigue escuchando!

Crispín apretó el puño. Miró la torre. El engranaje del cuco latía como una arteria viva a su lado. Luego miró a su hijo, que dormía con la respiración frágil y las alas enredadas en una manta.

—Mi padre lo hizo... Mi abuelo también —susurró—. Yo... yo soy el tiempo.

Clara lo miró. No con enojo, sino con ternura herida.

—No, Crispín. Vos sos su papá. Y ahora... el tiempo puede esperar.

Crispín bajó la vista. Su pico tembló apenas. Afuera, el reloj emitió un leve clic... la antesala de la hora marcada.

Y por un segundo... solo un segundo... dudó.

—Tengo que cumplir primero mi trabajo, podemos salir después de mi siguiente canto... —dijo agarrándose las alas con su corazón, que —por primera vez— no estaba sincronizado con las agujas.

🐦 La plaza central del Pueblo del Bosque estaba repleta. Cisnes de cuello largo, ardillas con pancartas, halcones con mirada dura. Todo el bosque parecía haber venido a ver a la “bruja Adelina” ser condenada.

Pío, Paco y Jade corrían con los hallazgos en las alas: capas de ortiga, bichos extraños, y la verdad palpitando.

Pero la multitud era un muro.

—¡No nos dejan pasar! —gritó Paco—. ¡Esto es una injusticiation en vivo!

En medio del caos, un policía, Amado Águila hacía señas inútiles con su pito de tránsito. Una ardilla lo empujó sin culpa.

—¡¡Amado!! —gritó Pío.

El águila los vio. Y en vez de hacer lo que haría cualquier otro oficial... les abrió paso.

Se puso frente a la multitud, alzó sus alas flacuchas y sopló su pitito con una energía que nunca antes había usado.

—¡Pasen, pasen! —dijo por fin, en voz alta.

Y lo siguió, tropezando pero decidido, hasta la celda de Adelina.

⌚ —¡Ya es la hora! ¡Ya es la hora! —gritaban desde la plaza.

La hoguera estaba lista. El alcalde ya tenía el discurso entre las plumas.

Pero la celda aún estaba cerrada. Faltaba minutos.

Cuando llegaron, Adelina estaba sentada, en calma, pero sus ojos mostraban esa tristeza de quien ya se despidió por dentro.

Paco cayó de rodillas frente a ella.

—¡No te vas a ir! ¡No así! ¡¡Mirá lo que encontramos!!

Le pusieron frente a ella las capas que había empezado a coser, las ortigas que picaban, los hilos que ardían.

Y de inmediato, como tocada por una chispa, Adelina se incorporó y empezó a coser.

—¿Pero qué está haciendo...? —preguntó Pío.

—¡¡¡Está completándolas!!! —gritó Jade con una sonrisa que parecía estallar—. ¡Esas capas... esas capas no son brujería... son salvación!

Los segundos se estiraban como si la gravedad los estirara por las patas. El aire en el calabozo era denso, con olor a musgo viejo y humedad sin nombre. Solo el tic-tac del reloj en el bolsillo de Pío marcaba el pulso.

Doce en punto.

🔥 Y entonces... se acabó el tiempo.

En ese instante, exacto como un bisturí... nada ocurrió.

No hubo pasos.

No hubo gritos.

No hubo llaves tintineando, ni antorchas acercándose, ni órdenes gritadas por los guardias.

Solo silencio.

Pío miró su reloj. Lo golpeó con el ala. Seguía marcando bien.

—Son las doce —dijo, en voz baja, como si el eco pudiera acusarlo.

Paco abrió los ojos como platos. Jade se cubrió el hocico.

En la celda, Adelina alzó la cabeza. Sus ojos buscaron el resplandor del sol en la ventana enrejada. Midió el tiempo con el corazón.

No era un error.

Era una pausa. Una tregua. Un milagro.

Y entonces, sin esperar permiso ni explicación, volvió a tejer.

Sus alas se movían con urgencia, pero con gracia. Las ortigas rasgaban su piel, pero no su determinación. El hilo parecía fluir como si la luna misma lo empujara.

Ella no preguntó por qué no la venían a buscar.

Solo entendió que aún tenía unos minutos de vida.

Y los iba a usar.

Fuera del calabozo, el pueblo esperaba.

Dentro, el destino se tejía... puntada por puntada.

🕒 Y es que... algo insólito ocurrió.

El gran reloj Cucu no sonó.

Las doce pasaron.

Y no hubo Cu-cú Cu-cú.

El pueblo entero se congeló. Las aves se miraron entre sí, como si el tiempo mismo se hubiese tropezado.

Y mientras tanto, en la torre, Crispín acunaba a Cilindro entre frazadas, con una compresa en el ala y los ojos húmedos.

—Dormí, mi amor. Papá está acá te trajimos tus remedios con Mamá. El tiempo... hoy se detuvo por vos.

 De vuelta en la celda, Adelina terminó cinco capas. Las acomodó con manos temblorosas. Se detuvo en la sexta.

Un hilito... faltaba.

—¡No llegamos! —dijo Jade—. ¡Falta uno!

En ese momento, desde la puerta de la celda, entraron seis patos pequeños... que eran insectos hace segundos.

Habían recuperado su forma.

Los abrazos fueron gritos, llantos, y alas batiendo con descontrol.

Pero el séptimo, el más pequeño, al recibir su capa aún incompleta, intentó ponérsela...

Y entonces, Adelina gritó su nombre.

—¡¡¡Antón!!! —exclamó sin poder evitarlo.

Ese grito rompió el hechizo. No por completo.

El sexto hermano quedó entre dos formas, mitad pato, mitad criatura. Sus ojos eran dulces, pero su cuerpo no terminaba de definirse.

Ella cayó de rodillas. El hechizo se había roto... pero a un costo.

 El pueblo entero presenció la transformación. Los hermanos la abrazaron. El fuego fue apagado. Las antorchas bajaron.

Y el alcalde... bajó la cabeza.

—Creo que... hemos cometido un error —dijo.

Pío se le acercó.

—No, señor. Usted no cometió un error. Usted necesitaba culpables más que verdad.

Capítulo 6 – La hora exacta del amor

"El tiempo no siempre se mide en segundos... a veces se mide en silencios." – Patricio Pato

🕒 Desde la cúpula del reloj, Crispín Cuco observaba el amanecer. Su hijo, Cilindro, dormía tranquilo por primera vez en días.

A su lado, Clara le pasaba una manta sin decir nada.

Él suspiró.

—No canté. No salí a marcar la hora. El pueblo se quedó esperando... y yo acá. Con ustedes.

Ella no respondió. Solo apoyó su ala en la suya.

—Tal vez... el honor no es estar para ellos siempre —murmuró él—. Tal vez... está en saber para quien estar.

🌿 Sentada bajo la sombra de un aliso gigante, con sus hermanos alrededor aún recuperándose de la transformación, Adelina por fin habló. No como una sospechosa. No como una víctima. Sino como la hija del bosque.



—Éramos felices —dijo—. Yo nací y mamá murió. Papá me crió con amor. Mis hermanos eran mi mundo.

Suspiró.

—Pero entonces llegó ella. Lady Priona. Nunca nos quiso. Un día, sin aviso, los maldijo a todos. Los convirtió en insectos.

Las plumas de los oyentes se erizaron.

Adelina tragó saliva. Su voz tembló, pero no se rompió.

—Uno se convirtió en un escarabajo negro, símbolo de la muerte y de lo eterno. Silencioso... como un luto que no termina.

Otro... en una polilla blanca, frágil, siempre buscando la luz aunque se queme con ella. Ese era Anton... mi ángel roto.

Uno se volvió un bicho de tierra sin ojos, condenado a no ver nunca más el cielo.

Otro... una avispa venenosa, agresiva por desesperación, porque no sabía cómo gritar su dolor.

Uno más se convirtió en un escarabajo dorado, hermoso por fuera, pero sin voz... atrapado en su forma muda.

Y el último... en un grillo nocturno, que canta solo para recordar que aún está vivo... aunque su alma esté partida. 💔🐛

—Y yo... me quedé sola.

Paco cerró los ojos. Sintió un nudo.

Fue entonces cuando Belisama, la Búho de ojos lunares, apareció en sueños. Este ser mágico que solo ayuda a quienes superan su prueba. Los animales del bosque le temen pero recurrimos a ella en momentos de desesperación.

—Me dijo cómo romper el hechizo —explicó—. Tenía que tejer seis capas de ortigas, en silencio absoluto. Ni un suspiro. Ni un nombre. Y si hablaba... se rompía todo. Las ortigas, tejidas en silencio, absorben el dolor y la mentira del hechizo, devolviendo la forma verdadera

Jade le apretó el ala.

—Pero hablaste... ¿verdad?

—Sí. Por él —miró a su hermano menor, aún con cuerpo incompleto—. Cuando lo vi con su capa sin terminar... no pude evitarlo.

Un silencio cayó. Uno dulce.

Y luego... una decisión se formó.

🏠 Pío, Paco, Amado Águila y Jade se prepararon. Tenían los talismanes que Belisama indicó: un pétalo de flor negra, agua del lago al amanecer, y un hilo trenzado con pelo de jabalí cocinero (gracias a Jade, claro).

—Esto es real, ¿no? No es ciencia... —dijo Paco.

—Es otra ciencia. La del bosque —respondió Pío, que esta vez... no discutió.

Llegaron a la casa de Priona. Subieron al ático, oscuro como una cueva olvidada.

Todo olía a perfume y putrefacción.

—Tengan cuidado... —susurró Jade—. Bruja es ella. Pero elegante, como veneno con moño.

Entonces apareció.

La bruja Priona no parecía monstruosa. Parecía hermosa. Intacta. Pero sus ojos no tenían fondo.

—Qué fastidio... tanto escándalo por unos patitos inútiles —dijo.

Las sombras en el ático se movieron. La casa misma parecía respirar con rencor.

Suspenso. Gritos. Luz rota.

Pío lanzó agua bendita del lago. Priona lo esquivó con gracia.

Paco se tropezó con una alfombra y lanzó el talismán sin querer. Le pegó en la frente a Priona.



—¡Eso era parte del plan! ¡Creo! —gritó.

Jade batió una olla y un aroma fuerte llenó la sala. Priona se tambaleó.

—¡Ahora, Amado! —gritó Pío.

Y Amado Águila, tímido, torpe, bueno... voló como nunca antes.

Y con un grito valiente, rompió el cristal del techo, dejando entrar el sol del amanecer.

La luz golpeó a Priona.

Y ahí, por fin, se quebró.

Un grito largo, oscuro. Y luego... nada.

La bruja se derrumbó. Su silueta se volvió ceniza. Su vestido cayó vacío.

🔥 Horas después, llegó la policía. Esta vez no para capturar a inocentes, sino para llevarse los restos de una mentira.

El alcalde no dijo nada.

Pío lo miró, con su clásico tono medio burlón.

—¿Ve, señor? A veces, los monstruos no están entre los que callan. Están entre los que mienten sonriendo.

 Frente al lago, Paco caminaba con Adelina.

—¿Te vienes conmigo...? —preguntó con voz temblorosa.

—No —respondió ella—. Me quedo. No por vos. Sino por todos.

—Ah... ¿entonces... no hay "nosotros"?

—Sí lo hay —dijo, y le tomó la ala—. Pero diferente.

—¿Eso es un “no” en idioma mágico o en gourmet?

Ella sonrió. Él entendió.

 Ya al atardecer, Pío y Paco estaban sentados en una piedra, comiendo algo raro de alga que Jade les había dejado.

—¿Te duele? —preguntó Pío.

—Sí. Pero... también estoy feliz.

—Eso es el amor, Paco. Es como un pez globo: o te llena... o te pincha.

—Jefe... eso fue raro.

—Pero verdadero.

—Sí. Verdadero fue.

Y por primera vez, no lo anotó. Solo lo sintió.

—Y así fue, patitos —dijo Patricio Pato, volviendo al presente—. Esa fue la Tragedia Plumada. Pero no fue una tragedia... si mirás bien.

Los jóvenes lo miraban boquiabiertos en el tren.

—¿Y qué pasó con el reloj?

—Ah, el reloj sigue sonando. Pero ahora... solo cuando el corazón lo aprueba.

El tren silbó. El lago apareció por la ventana.

Y Patricio, con una sonrisa torcida, cerró los ojos.

—Y si alguna vez sienten que algo no encaja... pregunten. Porque a veces, las mejores historias... no están en los libros. Están en el viento.

 **FIN**